

UNA NOCHE EN EL “MUSEO DEL NIÑO”.

MIRADAS DECOLONIALES¹

A LOS DERECHOS DE LA NIÑEZ

Juan Antonio Vega Báez

Hace tiempo una amiga nos llamó para invitarnos a pasar juntos un domingo y visitar el *Museo del Niño* en la ciudad de Pachuca, distante una hora de la ciudad de México. En la víspera, la tarde del sábado, mi hijo de 8 años estaba doblemente emocionado al saber que ese domingo sí tendría con quien jugar pues vería a una de sus mejores amiguitas del coro, e iba a conocer monstruos prehistóricos.

235

Pero antes de que cayera la noche me pidió que viéramos –una vez más– una de sus películas favoritas, donde el protagonista es un esqueleto de T-Rex, del que, por cierto, se sabe su anatomía completita. Así que puse en el horno de microondas una bolsa de maíz (al parecer transgénico) para hacer palomitas, y le añadimos su infaltable dosis de salsa picante “Valentina”, como buenos mexicanos que somos. “Twentieth Century Fox, presenta... ¡Una noche en el museo!”

Hasta que nos quedamos dormidos en el sofá-cama.

Al fin desperté, o creí haber despertado... Y cuando mi hijo abrió los ojos, no podía creer lo que vio al salir del auto: un par de gigantescos brontosaurios asoma-

ji Consultor en políticas y proyectos de Derechos Humanos y Derechos de la Infancia. Maestro en Estudios Latinoamericanos, Licenciado en Trabajo Social y Especialista en Legislación Nacional y Derechos Humanos, por la *Universidad Nacional Autónoma de México* (UNAM), con cursos de especialización por el IIDH y la IUPIP, Italia. Fue Secretario Técnico de la *Red Nacional de Organismos Civiles de Derechos Humanos* y Miembro del *Comité de Evaluación y Seguimiento del Programa Nacional de Derechos Humanos*. Ha sido Consultor en México de diversas organizaciones no gubernamentales internacionales como FIACAT, IRCT, WMA, MSF y Visión Mundial. Contacto: consultoriadh@axtel.net.

¹ El pensamiento decolonial es la energía que no se deja manejar por la lógica de la colonialidad, ni se cree los cuentos de hadas de la retórica moderna, puesto que la colonialidad es constitutiva de la modernidad. Cfr. Walter Dignolo. *El pensamiento decolonial, desprendimiento y apertura*. En: Dussel, Enrique (*et al.*) (editor). *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y “Latino”* (2009). Siglo XXI.

ban sus cabezas por encima de las rejas del museo. Uno de ellos, incontenible sobre la barda perimetral, nos mostraba sus fauces que, afortunadamente para nosotros, estaban llenas de hierba verde, porque de haber sido un carnívoro animado, no lo estaría contando.

Como pudimos, mi mujer logró comprar los boletos, y al ingresar a los jardines comenzamos a caminar entre esos animales gigantes de la Prehistoria, recorriendo en minutos millones de años, desde la era Paleozoica, entre anfibios de tamaño humano, hasta el periodo Cuaternario con sus infaltables *Mamuts*.

Pero en un descuido dejamos de ver a mi hijo. Confundido, comencé a preguntar por él, sin respuesta. Cuando nos dimos cuenta de que él o nosotros estábamos extraviados, se escuchó un bramido ensordecedor. Sin pensarlo, corrimos a toda prisa en dirección a esa especie de aullido pero me detuvieron súbitamente al ver que el chico estaba parado frente a un carnívoro gigante con garras filosas. Afortunadamente, la bestia tenía medio cuerpo hundido en una especie de pantano oscuro, sin electricidad ni posibilidad de salir. Pero con el susto del extravío, decidimos dejar el *Dinoparque* y entrar a salas más seguras.

Una voz nos indicó que era la última llamada para el comienzo de la función del Planetario. Esta vez, antes de correr, nos aseguramos de tomarnos muy bien de las manos, logrando atravesar fugazmente una especie de corredor circular que me pareció como un laberinto, y en el que pudimos leer de pasada la frase “Derechos y obligaciones de los niños”.

Fuimos los últimos en entrar al planetario. Se apagaron las luces y el proyector iluminó el domo con una especie de hoyo negro en forma de autopista que al descender provocaba vértigo y uno que otro grito. Después, un documental breve titulado en inglés “Ice Worlds”, acerca de la zona polar. Le dije a mi hijo que era cierto el deshielo del Polo Norte por el calentamiento global y la amenaza sobre el hábitat de la fauna. Pero me auto censuré: no era un momento propicio para inquietarlo por los planes de las potencias para explotar el subsuelo polar.

Entonces, al salir de la sala, en la zona de experimentos de física, conocimos el péndulo de Frada. Nuestra pequeña acompañante preguntó al joven guía qué era eso: “Es un aparato que utiliza el magnetismo para generar electricidad, por eso se enciende al paso del imán.” “Es otra forma de obtener luz eléctrica”, les dije. “Bueno, replicó el guía, en realidad esta teoría ya fue desechada.” “¿Por quién?”, le pregunté inmediatamente. En voz baja me dio una respuesta que me dejó mudo: “Por la actual industria de la energía. Se quedarían en la banca rota.”

Esa revelación se quedó flotando en mi cabeza mientras los chicos aprovechaban la siguiente sala “Nuestro mundo”, patrocinada por la empresa de computación IBM bajo el lema “Try Science en todo el mundo”. Lo que me atormentaba más era el miedo que tenía ese adolescente de decir su verdad en voz alta, por lo que me pregunté si alguien lo vigilaba, o si acaso controlaban lo que debía o no de decir.

Sólo salí de mi estupor cuando los chicos fueron invitados por un animador a participar en la dinámica de las dos erres: “Reusa/Recicla”. “¡Ah, caray!”, me dije, “Se debe haber caído la tercera parte de la frase”, pues un mes antes habíamos repasado esa lección escolar en casa. Pero así se llama el juego en este museo. En “Nuestro mundo”, patrocinado por IBM, el concepto “Reduce” no tiene cabida.

Después jugaron con un globo terráqueo y dos mapas de relieve para armar, debajo de un montaje de fotos tipo “United Colors of Benetton”, con rostros de niños de diversas razas en el que, ¡Eureka! Sí estaba la foto de un niño mestizo y ¡había equilibrio de género! Completaron los tres rompecabezas en el siguiente orden: pla-

cas tectónicas del globo, la división política de México y la división de regiones del estado de Hidalgo, cuya capital es la ciudad de Pachuca. Me pregunté si sería muy difícil armar un mapa de municipalidades, donde yo pudiera señalar a los chicos las comunidades indígenas cercanas, pero ese mapa no existía. Observé de nuevo las fotos y me sorprendí: ¡no había un niño/a indígena de Hidalgo!²

Y llegó la hora de hacer una pausa para ir al sanitario (los nenes con los nenes, las nenas con las nenas...). Estando ahí, escuchamos la voz de un hombre que daba instrucciones ininteligibles por radio, en voz alta, enojado, como ejerciendo autoridad o mando. Sólo vimos sus zapatos y su pantalón, aparentemente estaba sentado en una taza. Nos dimos cuenta que uno o varios adultos tenían el control del museo. Pero al dejar ese lugar no lo informamos al resto del grupo, por algún motivo cultural, político o de género del que no somos conscientes...

A la salida de los baños, parcialmente adaptados para niños y niñas, pasamos de nuevo por el mencionado corredor-laberinto. Nuestros chicos se detuvieron a manipular unas ventanitas corredizas y una rueda de la fortuna empotrados en una larga pared titulada “Derechos y obligaciones de los niños”, lugar en el que extrañamente los visitantes eran escasos. El leer ese sólo título provocó que en mi mente se agolparan decenas o cientos de palabras escuchadas de la voz de maestros, padres de familia y funcionarios que en toda plática de orientación, ya no digamos de tipo libertaria, fruncían la frente, y no tardaban en abrir la boca para criticar una y otra vez que se le hablara de “sus derechos” a los niños, niñas y adolescentes (NNA), pidiendo siempre poner un candado al derecho del niño, llamado “obligación” o “deber”, grillete que, por cierto, nunca se les ha impuesto de manera expresa a los derechos de las personas adultas (lo que no significa que las personas, incluidos NNA, no debamos estar comprometidos con el cumplimiento de los derechos de los demás).

237

Mientras los niños jugaban sin leer, yo comencé a leer sin atreverme a jugar. Pero más que leer, mi mente y mi corazón recordaron que, en diálogos en confianza con algunos adultos temerosos y celosos, pudimos deconstruir el origen de sus temores: que a ellos se les niega y ha negado reiteradamente el reconocimiento y respeto de sus propios derechos; y que por eso no están dispuestos a tolerar, ni entienden la manera de tratar con unos “mocosos”, que se puedan volver sujetos exigentes, mientras que a ellos como adultos que vivieron infancias de negación y maltrato, o, en el peor de los casos, de discriminación, abuso y explotación de diverso tipo, no se les dio ni ha dado la oportunidad de disfrutar de derechos, y viven y vivieron sometidos a obligaciones y deberes, racionales o irracionales, tanto en casa, en el salón de clase y en las relaciones con el Estado autoritario.

En fin, mientras ellos se divertían yo traté de disimular mis emociones internas, especialmente cuando leí el siguiente texto central de la exposición:

Historia de los derechos de los niños

- *Siglo XIX. Surgen los primeros escritos sobre los derechos de los niños.*
 - *1942. Se establecen los derechos de los niños en la Declaración de Ginebra.*
 - *1948. Declaración Universal de los Derechos Humanos, sin especificar los de los niños.*
- La necesidad de redactarlos es evidente.*

² En 2010 el estado de Hidalgo contaba con 200,555 niñas, niños y adolescentes indígenas, que representaban el 26 por ciento de su población menor de 17 años.

- 1959. *Declaración de los Derechos de los Niños.*
- 1979. *La Convención de los Derechos de los Niños, aceptada por 192 países incluido México, que cumple y hace cumplir los derechos civiles, culturales y sociales de los niños y cuenta con un Comité de Vigilancia.*
- *Las instituciones se encargan del cumplimiento de nuestros derechos. En el mundo son la ONU (Organización de las Naciones Unidas) y la UNICEF (Fondo Internacional de Naciones Unidas para Emergencias de la Infancia).*
- *En México es la CNDH (Comisión Nacional de los Derechos Humanos) y el propio gobierno con instituciones como el DIF (Desarrollo Integral de la Familia).*

Lo primero que me saltó a la vista fueron las imprecisiones de fechas, no graves, ya que la primera declaración fue emitida en 1924, impulsada por la corriente sueca en la Sociedad de Naciones. Y, por su parte, la *Convención de los Derechos del Niño* fue aprobada por la Asamblea General de la ONU el 20 de noviembre de 1989.

Me quedé pensando de qué manera la información publicada probablemente no fue verificada, tal vez por las prisas de entregar la obra, o que irresponsablemente haya sido retomada de *Wikipedia* o de otra fuente sin confirmar su veracidad.

Lo segundo que observé, y seguramente lo más grave, es el evidente discurso justificatorio del papel de la autoridad al afirmar que México “cumple y hace cumplir los derechos” del niño. Ojalá así fuera, pero la realidad y el Comité de los Derechos del Niño, muestran muchas obligaciones incumplidas y pocos avances.³

Con ese uso político se invierten los términos de la protección: en vez de que los derechos del niño sirvan para proteger al niño/a, son usados como tabla de salvación justificatoria de las instituciones y legitimadora del papel del estado.⁴

238 Cuando en los hechos, los Comités de Vigilancia no han funcionado en la mayor parte de los estados y municipios por una sencilla razón: han operado con criterios adultocéntricos, demagógicos y hasta patriarcales, dejado fuera las voces de los mismos NNA, denegando su ciudadanía como si fueran “incapaces” políticos o con “discapacidades” para la voz y acción. Lo que pasa en los municipios, pensé, sólo es reflejo de lo que hace el congreso federal que convoca a un parlamento infantil decorativo sin continuidad, desmontable cada año, sin facultades de iniciativa legislativa, al contrario de lo que sucede en Bolivia, país abiertamente pluricultural, que tiene un parlamento con dos cámaras, la infantil y la adolescente.

Pero mi mente se obstinaba en leer una y otra vez, sólo para constatar los errores descritos. Noté un detalle de contenido: en la redacción sobre las instituciones nacionales y su supuesta función de vigilancia y cumplimiento no había errores, como sí los encontré en los datos relativos a los instrumentos de derechos. Entonces formulé una rápida hipótesis sobre el probable autor o autora de los fallos: es alguien

³ En especial hacia la niñez indígena, las niñas que trabajan fuera o dentro de hogares rurales o urbanos pobres, los niños en situación de calle, y quienes son víctimas de la violencia, explotación, trata y tráfico, violencia sexual y armada. Sin negar algunos avances: la protección discursivo-normativa a través de leyes, la vacunación universal, la mortalidad infantil disminuida, la educación primaria casi universal y la protección de algunos grupos concretos. En 2013 el Comité debe revisar el informe retrasado por el gobierno mexicano.

⁴ Con mayúscula, según los creyentes y adoradores del Estado-Nación del siglo XIX o por los juristas y políticos “al servicio de la patria”, o con minúscula, según el pensamiento crítico del colonialismo/racismo epistemológico eurocéntrico o intracolonia, ya sea que crea o no crea en la centralidad del aparato estatal.

que sabe de o le da más importancia al Estado mexicano y, simultáneamente, no sabe o no le da importancia al discurso de derechos de los niños/as. Si fue alguien de Hidalgo, probablemente pertenecía o consultaba con el DIF-Estatal. Pero si fue alguien de la capital del país, pertenecía o consultaba con el DIF-Nacional y, con menor probabilidad, con la *Comisión Nacional de los Derechos Humanos*, por los errores de fechas. Y definitivamente excluí al UNICEF, cuya denominación era incorrecta.⁵

Lo anterior, en caso de que esa redacción fuese original y exclusiva para este museo de Hidalgo. Pero cabe la posibilidad de que se haya tratado de un texto maquilado para su reproducción al mayoreo, para otros museos, por ejemplo. En ese caso, la hipótesis es más crítica: es posible que el país esté invadido por un discurso distorsionado estado-céntrico de los derechos del niño.

Imaginé a miles de usuarios infantiles y juveniles que habrían leído confiados una información sesgada. Y también supuse el mayúsculo desconocimiento de la cultura de derechos por parte de muchos maestros y padres de familia que habrían asimilado o admitido esas categorías de manera acrítica. Aquí hay responsables, me dije, autoridades, asesores y museógrafos que ganan miles de pesos en sueldos en un museo que lleva 15 años funcionando. ¡Imperdonable!

¿Por qué no se dice expresamente que sólo hay un país en el mundo que no ha ratificado la *Convención sobre los Derechos del Niño*? Tal vez los museógrafos y asesores no han querido molestar a sus jefes, o esperan recibir fondos o patrocinios del gobierno o corporaciones de Estados Unidos de América (como la IBM) –mi abuelita decía que “lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc”–.

En ese momento volví mi mirada alrededor y constaté que el grupo ya había dejado la sala. Busqué en vano, pues sólo veía a mi alrededor niños fans de lo “gabacho”, por su forma de vestir: uno, con camiseta de *Pittsburgh Steelers*; otra, con blusa rosa con la leyenda “Princess”; el tercero, “We are superheroes” sobre la playera con una estrella blanca y unas barras azules y rojas, no de la bandera estadounidense, sino del logo del héroe que *Hollywood* y el *Pentágono* ha impuesto a los niños del hemisferio como modelo: “Capitán América”.

Y mientras terminaba de copiar el texto, me volví en un sospechoso para el hombre del radiotransmisor, quien comenzó a rondarme y tratar de ver qué hacía copiando el citado texto. Aproveché que una familia le preguntó por el planetario y salí para el lado contrario hasta subir una rampa y colocarme atrás de un panel o mampara de piso a techo sobre meteoritos. Pasaron un par de minutos, sin novedad, mismos que aproveché para enterarme que el 10 de febrero de 2010 cayó un meteorito cerca de Tulancingo, entre los estados de Hidalgo y Puebla, y que hizo un gran estruendo como cuando cayó recientemente otro en los Montes Urales, al inicio del 2013. De repente escuché de nuevo un radio que entraba por un lado de la mampara, mientras yo salía por el otro.

Llegué a la siguiente sala “Realidad virtual”, en donde atravesé una cuerda floja virtual entre dos edificios simulados para seguir buscando al grupo y alejarme de los radios. Pero lo único que encontré fue un mural que hablaba de la interacción e inmersión en lo virtual. Un letrero decía “Simulación: convencer a tus sentidos de que eso que vives es muy parecido a la realidad.” “Ahora entiendo de qué se trata todo esto”, me dije. De modo que cuando el vigilante llegó a “Realidad virtual” lo encaré y, sin decirme nada, se alejó.

⁵ El nombre correcto de UNICEF es: *Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia*.

Resuelta la supuesta persecución, yo ya estaba camino a la planta baja. Entré a la sala de “Arte-Artesanía”. No encontré al grupo, pero sí artesanías de comunidades indígenas de Hidalgo. Lo raro es que estaban los objetos pero no los sujetos, ni siquiera sus fotos. Como si fuera un supermercado, donde se accede a los productos descorporizados, sin acceso a los productores. ¿Acaso fueron manos de niños/as trabajadores las que hicieron estas bellas obras? ¿Estudian, son maltratados?, y si trabajaron sus padres, ¿recibieron un pago justo y suficiente para mantener a su familia? En esas condiciones me negué a sumarme a la tanda que iba a entrar al Jardín Antropológico y, felizmente, unos pasos adelante encontré a mi grupo comiendo “chatarrita” en la zona de alimentos del museo.

“¿Dónde estabas?”, me preguntaron. “Tomando notas para mi próximo artículo”. “¿Quieres comer unos pastes?”, me propusieron. “Pa’ luego es tarde. Por hoy ha sido suficiente ‘Museo Rehilete’”.

Mientras saboreaba un paste de rajitas picosito mi hijo me dijo con voz seria: “Papá, en este museo hubo algunos errores.” “Ah, ¿sí?”, le dije. “Mira, me explicó, lo que tú dijiste que eran brontosaurios, no se llaman así. Uno era un Brachiosaurio y el otro un Camarasaurio”, me dijo con la autoridad de un aspirante a paleontólogo. “Además, el gigante volador Quetzalcoatlus tenía patas anchas y en la realidad no era tan alto como ahí lo mostraban.” “¿Y te fijaste en el Terizinosaurio y su letrero?”, me interrogó. “En realidad no”, dije mientras comenzaba uno de mole. “Decía que pesaba 450 kilos, cuando el real era el doble o triple de un toro”.

Mientras ellos tomaban sus pastes de dulce, les platicué lo que vi en la última sala y por qué decidí no entrar al Jardín Arqueológico. Les dije que me molestaron algunos detalles: “¿Para qué rendir tributo a los pueblos indígenas muertos, si ignoramos a los vivos? Da la apariencia como si el estado hubiera expropiado los sitios y arqueología a los pueblos originarios. Si en otras partes del mundo los pueblos son consultados e involucrados en la gestión y presentación de sus obras y maravillas naturales, ¿por qué un museo del niño, que es tan interactivo y con discurso de derechos, no involucra a los nahuas de la Huasteca o a los *ñañus* de Ixmiquilpan? Creo que la Sra. Laura Vargas de Osorio, cuyo nombre aparece en una placa conmemorativa afuera del museo, de 2009, debería hacer algo al respecto ahora que está en el DIF Nacional y su esposo en Gobernación, ¿no creen?”

“Bueno, basta de rollo, hoy es domingo”. “¡Vamos a tomarnos un helado!”

De vuelta a la casa, por la noche, ya que todos dormían, anoté en mi libreta la conclusión: “Porque si un museo va a hablar de derechos del niño, niña o adolescente, ya es tiempo de que lo haga en serio, sin repetir los discursos universalistas abstractos, encubridores de la desigualdad y la pobreza extrema de más de la mitad de los mismos niños y niñas mexicanos. Requerimos con urgencia museos del niño que muestre universales concretos y que respondan a la situación y necesidades específicas de cada localidad históricamente situada, no a partir de la agenda de las disciplinas sino, como en el caso del meteorito de Tulancingo, que le hablen a los niños de realidades cercanas y transformables. ¡Basta de museos-galerías de derechos! Reconozcamos su derecho y capacidad para involucrarse. ¡Decidamos junto con ellos!”